

## Don Quijote o el arte de convertirse

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

El acto de *devenir*, y no el de *ser*, es la esencia misma de la novela como arte, y por ese motivo vemos a Don Quijote como el primer héroe de la ficción moderna. En poemas épicos y en tragedias, la meta del héroe es la de satisfacer su destino, cumplir con las hazañas para las cuales siempre estuvo destinado. La identidad predestinada es lo que el héroe debe conseguir: Aquiles ya era quien era desde la cuna y Ulises no podía evitar ser inteligente y astuto. Saul Bellow escribió que hay dos tipos de personas: los *beers* (“los que son”) y los *becomers* (“los que se transforman”). De acuerdo con Bellow –y me parece apropiado citarle esta noche– los *beers* son aquellos que intentan ser lo que son para siempre, los que están contentos con sus vidas, con sus nombres, con los lugares en donde viven. Los *becomers* siempre se encuentran insatisfechos con y en el mundo, y lo que aman no son las certezas del *ser*, sino las aventuras del *devenir*. Siempre hay otra vida que preferirían tener, un país diferente o una ciudad distinta en la cual sospechan que una vida mejor sería posible, otro trabajo, amantes más hermosos o apasionados, amigos más interesantes. La identidad personal no es su hogar, sino más bien su prisión. La identidad, ese *mantra* celebrado de la cultura contemporánea, no es lo que buscan, sino de lo que huyen. Por eso es por lo que tantos héroes de la novela moderna son mentirosos, tramposos, fugitivos, falsificadores, impostores, *becomers* vocacionales perpetuamente insatisfechos con su parcela en este mundo, siempre intentando no ser lo que otras personas les han asignado, sino algo diferente, alguien diferente. Para ellos, como escribió Arthur Rimbaud, la vida siempre se puede encontrar en otro sitio. Pero lo cierto es que el propio Rimbaud fue un fugitivo, un poeta y un paria que abandonó la poesía y se convirtió en un traficante de armas en África.

Hoy en día, como en tiempos de Don Quijote, se da una presión social que nos fuerza a ceñirnos a una identidad establecida, a ser parte de un grupo y proclamar orgullosamente lo que somos, no lo que hemos hecho o lo que quisiéramos ser o hacer. A través de nuestra ciega alianza con una cultura originaria, con nuestro ser nacional, sexual o racial, se espera que alcancemos lo mejor de nosotros, el único ser posible para cada uno de nosotros. Parece que vivimos en un tiempo de *beers*, no de *becomers*. Pero eso es precisamente por lo que Don Quijote es tan importante, en especial para aquellos de nosotros que no queremos conformarnos con leyes fijas de identidad: por eso nos gusta ante todo leer novelas y por eso también a algunos de nosotros nos encanta escribirlas en un intento de atravesar las fronteras que no deberíamos cruzar, de escapar de los límites del *yo*, las fronteras del espacio y de lo que Vladimir Nabokov llamó *la prisión del tiempo*. Novelas, historias, obras de teatro... tratan casi siempre de alguien ansioso por escapar, que inicia un viaje hacia un destino desconocido. Como un espía o como un desertor, el hidalgo Alonso Quijano se provee de una falsa identidad antes de salir al camino. Cambiar el nombre que te ha sido dado al nacer es el primer paso para empezar una nueva vida: después de haber leído tantas aventuras, Alonso Quijano está listo para emular una nueva aún por escribirse, la de él mismo convirtiéndose en uno de los héroes de los que tanto ha leído, el autor y dueño de su propia historia. Y, como cualquier autor, debe primero comenzar por elegir los nombres apropiados de sus personajes: para él, para la dama de la cual ha decidido que debe estar enamorado, incluso para su caballo. Y entonces ya está listo para salir, para liberarse de las rutinas de su respetable existencia, de su casa, de su familia, del pequeño pueblo en donde estaba destinado a vivir hasta el final de sus días. En un acto de pura voluntad se convierte en lo que no es y, al hacerlo, se catapulta hacia una audaz y peligrosa libertad. Alguien dice a Don Quijote, casi al principio de la novela, que “usted no es un caballero errante, yo soy su vecino y sé quién es”. Y Don Quijote, apaleado y herido, pero no derrotado, responde de una manera que es para mí un glorioso alegato de libertad personal y de invención de uno mismo: “Yo sé quién soy [...] y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventarán las mías”.

Sabemos, por supuesto, que es un viejo ridículo cubierto con una armadura anticuada y apaleada, tan alterado por lo que ha leído en los libros que ya no puede distinguir realidad de ficción. Nos reímos de él porque sabemos que está condenado a la derrota una y otra vez, a ser engañado por su falta de atención a los datos tangibles de la realidad y su obsesiva dependencia de las mentiras librescas. Pero estos son los peligros a los que todo *becomer* debe enfrentarse, no sólo los héroes que hemos aprendido a amar en las novelas, en el teatro y en el cine, sino también en cada uno de nosotros. No podemos decir, como Don Quijote, sé quién soy, y esto que soy en el fondo de mi corazón nada tiene que ver con tus ideas y tus expectativas sobre mí. Nuestros mejores deseos suelen parecer frecuentemente irrealizables y la misma imaginación

que nos permitió engendrarlos exagera las dificultades que debemos encarar. *Ser* es cómodo, *devenir* es arriesgado, y siempre hay la posibilidad de que atacemos a los molinos confundiéndolos con temibles gigantes. Esta es la segunda lección que aprendemos de Don Quijote y, tras él, de la ironía y sabiduría de Cervantes: debes tener la valentía de desear, pero también la astucia de ver las cosas con cuidado para no perderte entre los espejos de tu imaginación. Este libro de risas es también un libro de tristeza y, en su celebración del poder del deseo y los placeres de la ficción, yace un serio aviso de los límites entre la autoinvención y el autoengaño. Habiendo sido un fracaso durante la mayor parte de su vida, Cervantes sabía de lo que escribía. Pero las apariencias son engañosas, como ya sabemos muy bien nosotros, lectores de las aventuras de Don Quijote. Fracaso y éxito pueden ser tan engañosos como los molinos y los gigantes. Si Miguel de Cervantes era sólo un oscuro escritor español, un dramaturgo fracasado, un veterano tullido, un superviviente de la pobreza y de la mala suerte, ¿qué es lo que nos ha traído aquí esta noche a tantos de nosotros para recordar su nombre y para rendir homenaje a su obra maestra?

*[Traducción del inglés: Enrique García Santo-Tomás]*